

munica que García Tassara, Ministro Plenipotenciario de S. M. C. en Washington, se había dirigido al Ministro de Estado americano, diciéndole haber sabido que el Gobierno de los Estados Unidos estaba aumentando sus fuerzas navales en aguas de Veracruz, y que deseaba saber si aquel Gobierno trataría de impedir las reclamaciones que el español hiciera al de México.

Y cuenta Romero que el Secretario de Estado de los Estados Unidos contestó á Tassara que, en efecto, el Presidente había mandado reforzar la escuadrilla americana en Veracruz, no para oponerse á que España exigiera satisfacción de los agravios que se le hubieran hecho, sino para proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos americanos.

Pero por acuerdo del Gabinete dictado el día 4 de Septiembre de 1860, el Presidente de los Estados Unidos acordó se dijera al Enviado Extraordinario de S. M. C. Sr. Tassara, « que el Gobierno Americano verá con sentimiento cualquier reclamación injusta que se hiciera contra México, y que no permitirá que por ella se cometa hostilidad alguna contra el Gobierno legítimo de la República.»

He aquí los dos puntos entre los cuales se coloca el Sr. Bulnes, para buscar lo que llama la *corriente de la política internacional*, los innumerables escritos de nuestro Ministro en los Estados Unidos, D. Matías Romero y Jauret, cuyo libro no es más que una colección de notas diplomáticas referentes á México.

El Sr. Bulnes no está en lo justo al escoger esas dos fuentes históricas: si Jauret sólo se ocupa de la diplomacia española, al buscar el origen de la intervención francesa, Jauret comete un grave error.

Pero si Jauret inserta toda la correspondencia diplomática referente á este atentado internacional, el Sr. Bulnes hace mal en sólo tomar parte de ella para asentar la primera falsedad que se encuentra en su libro, la de que España fué la primera nación que atentó contra la soberanía mexicana.

Respecto á la segunda fuente en que se inspira el Sr. Bulnes, los escritos del Sr. D. Matías Romero, hay que tener en cuenta que nuestro patriota representante en los Estados Unidos, adolecía de un defecto algo grave en diplomacia, y era el de tener *mucho celo, demasiado celo.*

Sus faltas no fueron de *omisión* en el desempeño de su encargo, sino de *comisión*, haciendo lo que era inoportuno y aun peligroso hacer.

Al honorable Sr. Romero, por otra parte, aunque fué demasiado perspicaz para sorprender algunos secretos de las cortes europeas enemigas de México, le era del todo imposible escudriñar lo que pasaba en la corte de Napoleón III.

Mas sea lo que fuere, el Sr. Bulnes incide en una imperdonable equivocación afirmando en el capítulo I de su obra que el primer proyecto de intervención en México se forjó en España.

En 1860 el empeño del Gobierno español y de sus diplomáticos era apoyar á los gobiernos reaccionarios de Zuloaga y Miramón y destruir el gobierno legítimo del Sr. Juárez, radicado en Veracruz.

Pero España se encontró con la actitud amenazante de los Estados Unidos, expresada con tal claridad en la nota que cité antes, del 4 de Septiembre, nota apoyada por la presencia en Veracruz de nueve buques de guerra americanos con 115 cañones.

Este punto lo trataré más ampliamente en el capítulo en que impugne los cargos de debilidad que Bulnes lanza sobre el Sr. Juárez.

Preciso es consignar antes cuál fué el verdadero origen de la intervención francesa, lo que parece ignorar el Sr. Bulnes quizá fascinado por la adoración que tiene por Napoleón III.

CAPITULO II

VERDADEROS FACTORES DE LA INTERVENCION

Dos conspiraciones contra la independencia de México, aunque lejanas una de la otra, concordaban en las tendencias traidoras de levantar una monarquía sobre las ensangrentadas ruinas de la República Mexicana.

Una conspiración, la más vieja, se tramaba en México entre el clero y los conservadores: la otra se urdía en las Tu-

llerías, y no en la sala del Consejo de Ministros, sino en las recámaras y salones de la familia imperial.

La primera, la conspiración mexicana, la conocimos los supervivientes hoy de los que en aquella época tormentosa tomamos la parte que nos correspondía en las luchas contra reaccionarios y traidores.

El mes de Enero de 1861 entraban el Sr. Juárez y el personal de su gobierno á México, ocupado por el ejército constitucional del General González Ortega, después de la derrota y fuga de Miguel Miramón.

Pero el Sr. Juárez, no inmóvil é impasible como lo vé en su miopía intelectual el Sr. Bulnes, sino enérgico y activo, se consagró sin tener momentos de descanso á reconstruir en el país el orden constitucional interrumpido por el motín de Tacubaya, á ejecutar las fulminantes leyes de Reforma expedidas en Veracruz y á organizar la administración pública convertida en un caos por los reaccionarios que asaltaron el poder con el Golpe de Estado de Comonfort.

El Sr. Juárez, entregado á esta labor inmensa, no presintió ni sospechó siquiera la tempestad que contra México se preparaba en Europa, y que tendría en la República una fatal resonancia.

Desde 1858 hasta 1860 y á principios de 1861 el Gobierno francés pérfidamente engañó al Gobierno Español negándose á las pretensiones intervencionistas de éste sobre México; este engaño se vé en las notas que, sin estudiarlas ni comprenderlas, inserta en su libro el Sr. Bulnes.

Cuando el Ministro de Napoleón III, M. Thouvenel decía á Mon que su gobierno no estaba dispuesto á emplear la fuerza y medidas coercitivas contra México, Thouvenel engañaba á Mon y al gobierno de España. Napoleón III preparaba ya su insensata expedición á la República.

Cierto es, como dice el Sr. Bulnes, que España deliraba, y no era más que delirio, por fundar en México una monarquía española, como lo prometió el infame plan de Iguala proclamado por el tres veces traidor Iturbide.

Pero eso no era más que un delirio de jactancia que nunca pudo preocupar á los mexicanos que ya sabían barrer hacia el mar á los invasores españoles; España, con sus interminables guerras civiles, sus gobiernos efímeros, pues hubo algunos

como el de Isturitz que duró 5 meses 16 días, el de Don Joaquín M^a López 10 días y el del conde de Cloud un día, (1) España pobre, agotada y sin poder, ya no podía intentar ni consumir por sí sola una conquista lejana.

Verdad es que sus tropas habían alcanzado brillantes triunfos en Marruecos; pero México no es Africa.

Hagamos, pues, á un lado los conatos de reconquista de los Ministros españoles de que tanto se ocupa el Sr. Bulnes, ignorando este escritor que cuando los Gobiernos de Francia é Inglaterra pactaban una liga contra México, al saberlo incidentalmente España, con la que no habían contado las otras dos potencias, mendigó de éstas entrar en su coalición.

Hechas estas rectificaciones, volveré al punto de donde partí, narrando cuáles fueron las dos conspiraciones contra la independencia de México.

Mientras el Sr. Juárez, triunfante de la reacción, en 1861 fundaba su gobierno liberal, reformista y de combate, no petrificado é inerte como dice Bulnes, en la capital misma se organizaba en secreto un Directorio reaccionario, oculto bajo el manto de la Iglesia y armado con los poderosos elementos del clero.

Verdad es que la Reforma iba á arrancar muchos millones de las manos del clero, pero éste había ocultado otros, pues canónigos, obispos y conservadores se hicieron adjudicatarios, valiéndose de testaferros.

Y el triunfo del 24 de Diciembre de 1860 no había consolidado la paz en la República.

El 18 de Enero de 1861, exactamente diez meses antes de que se firmara la Convención de Londres; á la vez que la política de ostracismo, que dice Lamartine, solicitaba en París una invasión armada en México, á cuatro leguas de la capital de la República, se anudaban los hilos de la conspiración que unía ya el Gabinete de las Tullerías con el Palacio de Miramar. (2)

(1) Lefevre.—*Historia de la Intervención francesa en México*, tomo I, pág. 67.

(2) Resatry.—*Elevación y caída de Maximiliano*.

En el pueblo de Tlálpam estaba oculto Leonardo Márquez, el asesino del 11 de Abril, temblando por su miserable vida y deseando lanzarse á la guerra de encrucijadas para escapar del peligro de ser descubierto y castigado por sus crímenes.

La noche del 18 del mismo mes de Enero de 1861 envió Márquez á un indio con una carta dirigida al Lic. Aguilar y Marocho, en la que se leía esta frase, «ha llegado la hora de organizar la reacción política, social y militar,» y lo excitaba á formar bajo su presidencia un directorio con las personas que él, Aguilar, creyera capaces de servir la buena causa.

Se formó, como dije ya, el Directorio reaccionario, el clero ministró grandes cantidades, y Márquez y Mejía y otros cien cabecillas organizaron sus gavillas de ladrones y asesinos que se esparcieron por todo el país.

Entretanto los emigrados mexicanos en París y en Roma al frente de los cuales se contaban Gutiérrez Estrada y Almonte, precursores de la intervención monárquica, Don José Hidalgo, Don Miguel Miramón, el Obispo Labastida y el Padre Miranda, se agitaban por conseguir una intervención francesa que levantara un trono en México.

Algunos de los personajes citados alcanzaban una alta influencia en la corte de las Tullerías, y la protección de la mujer de Napoleón III, como la llama Bigelow, que como buena española era defensora acérrima de la Iglesia Mexicana.

¿Por qué no tomó el Sr. Bulnes en cuenta estos hechos al estudiar los factores de la intervención?

Habla ligeramente de algunos de ellos, pero al tratar sobre todo la cuestión financiera, no dándoles su verdadero lugar.

Y el Sr. Bulnes ha tenido á la vista, al forjar su libelo infamatorio contra la Patria, una gran cantidad de libros franceses, en los que se da cuenta con los hechos que prepararon la monarquía de Maximiliano.

Dos de estas obras, sobre todo, ministran datos preciosos acerca de esta materia, «*El Sueño del Imperio*» de Pablo Gaulot y «*Las Memorias de un Espía del Imperio*.»

De algunos de esos libros voy á tomar los incidentes históricos que señalan las verdaderas fuentes de la intervención.

La corte de Napoleón III escandalizaba á Europa con su inmensa corrupción, no refinada como la de la Regencia y la de Luis XV, sino grosera, cínica y procaz.

No era Napoleón III el gran hombre de Estado que admira é incienza el Sr. Bulnes, afirmando éste que ante él temblaba Europa.

En su oportunidad veremos que Francia era la que se imponía á Europa, pero que los diplomáticos europeos como Cavour y Bismarck se burlaron de la política imperial.

El Sr. Bulnes no debió olvidar que á raíz del golpe de Estado del 2 de Diciembre, después de haber asaltado el trono y de haber logrado ser reconocido por los gobiernos europeos, Napoleón III, cuando quiso contraer matrimonio para perpetuar su dinastía, no pudo encontrar una esposa en las casas reinantes.

Desechadas sus pretensiones matrimoniales en todas las cortes, encontró mujer al fin en los salones de un banquero judío: así logró la joven Montijo llegar á ser Emperatriz de los franceses.

Las altivas y viejas familias reales de Europa no quisieron admitir en su seno al hijo adulterino de Hortensia, al *souteneur* de un burdel aristocrático en Londres, al *coime* encerrado en una *tumba* (prisión) de Nueva York por los fraudes que cometía.

Con ese aventurero asaltaron el poder en Francia una horda de perdidos, fulleros y caballeros de industria, que tan activamente le ayudaron á matar la república en Diciembre de 1851.

Formado con tales elementos el gobierno de Napoleón III podía ser demasiado fecundo para recibir en su seno y hacer florecer todas las infamias políticas, todos los atentados internacionales y todos los negocios impuros pero productivos.

Hay un autor francés cuyo nombre se me escapa ahora,

y que creo es Gaultot que escribió un libro notable sobre la intervención (*Réve d' Empire*). El Sr. Bulnes sin duda ha ojeado ese libro y en él habrá visto una descripción gráfica de la Corte de las Tullerías.

Allí la corrupción era crónica, profunda, intensa; yo no quiero penetrar al *Gabinete Secreto de la Historia* para presentar á mis lectores los cuadros que representan las orgías imperiales, en las que tomaban parte al lado del Emperador las cortesanas que le llevaba su lenón favorito el General Fleury.

Tampoco abriré las puertas de la recámara de la Montijo, la madre de la Emperatriz, que en los brazos del indigno mexicano José Hidalgo ofrece á éste ayudarle en su conspiración contra la Independencia de México.

La influencia de esa Señora en el proyecto de intervención fué tan eficaz como la de la princesa Matilde, prima de Luis Napoleón, á la que una casa de banco guatemalteca radicada en México ofreció, entre otras recompensas, las minas de Sultepec por su cooperación.

Pero en los salones de las Tullerías sí encontraremos, tal como la describe el escritor francés, á *Pepa* la española, la vieja nodriza de Eugenia, que pasa *chancleando* por aquellas alfombras, grocera, burda é insolente, recibiendo con desdén los humildes y respetuosos saludos de nobles y cortesanos.

En esos salones se pasea un Mariscal de Francia que tiene por comisión oficial cargar y cuidar el perrito faldero de la emperatriz.

Entre esa turba de palaciegos cruzá *Pepa la española* conduciendo á un Monseñor de talla mediana, grueso, el rostro ancho, la nariz aguileña y la mirada viva y revelando una gran inteligencia.

Es Monseñor Labastida, primero Obispo de Puebla y después Arzobispo de México; y va á ser presentado á la Emperatriz Eugenia que tiene una alta estimación por el Prelado.

Eugenia, fanática católica, como buena española, se complace profundamente al oír la descripción que le hace Labastida de los perjuicios y persecuciones que sufre en México la Iglesia; y ofrece al Arzobispo toda su protección para alcanzar que el Emperador con su invencible ejército derrumbe al gobierno ateo de Juárez y devuelva al clero sus bienes, sus prerrogativas y, sobre todo, sus millones.

Y la influencia de la Emperatriz era formidable porque con su extraordinaria belleza dominaba y sugería al sátiro Emperador.

He aquí tres agentes de suma fuerza para arrastrar á la Francia imperial á la loca empresa de restaurar en México la teocracia tan absoluta como la deseaba el ignorante y retardatario clero mexicano.

El Sr. Bulnes desprecia esos factores de la intervención, desconociendo que ellos dieron el triunfo á los emigrados políticos.

A pesar de que el Sr. Bulnes conoce bien la Historia, olvida que en los grandes sucesos, en los radicales sacudimientos políticos de las naciones, tienen mucha parte incidentes pequeños poco apreciables ante un criterio vulgar.

Pero los últimos historiadores franceses no inciden en el error que comete el Sr. Bulnes, y al narrar los orígenes de la intervención francesa, señalan como principal causa de ésta la presión ejercida sobre Napoleón por la familia imperial.

Para terminar este punto, recordaré al Sr. Bulnes un hecho perfectamente histórico; es el siguiente:

Presidía Napoleón III las espléndidas fiestas de la clausura de la Exposición Universal cuando recibió el telegrama en que se le participaba el fusilamiento de Maximiliano.

Y lívido lo pasó á la Emperatriz diciendo con voz balbuciente:—;Señora, he aquí vuestra obra!

Aun queda por señalar otro factor importantísimo en este atentado, el empeño del hermano incestuoso de Napoleón, el duque de Morny, que pretendía que las bayonetas francesas hicieran pagar á la República Mexicana la deuda leonina del suizo Jecker.

En otro capítulo de su obra, en el intitulado *La Inquebrantable Debilidad de Juárez*, es donde el señor Bulnes se ocupa de los bonos Jecker, sólo para hacer un cargo al ilustre Presidente, no para considerar este negocio como uno de los factores de la intervención francesa.

Al contrario, en ese capítulo (1) y en otra parte de su libro vindica á Napoleón III del cargo de complicidad en las pretensiones de su diplomacia, respecto á la reclamación Jecker.

Porque el Sr. Bulnes es un apasionado admirador del Emperador de los franceses, á quien califica como un eminente hombre de Estado y un hábil político; eso lo refutaré cuando llegue su vez.

Pero suponer, como supone el señor Bulnes, que ignoró Napoleón III la parte que el duque de Morny llevaba en la reclamación Jecker, es un candor, no pueril, sino senil.

Un estadista de clarísimo talento, Prevost-Paradol, en el Prefacio que escribió para el libro del Conde de Keratry, dice lo siguiente:

— «Suponiendo cierto todo lo que se ha dicho de más sensible acerca del negocio Jecker, aun admitiendo que influencias de este género hayan pesado directamente sobre las resoluciones del Jefe del Estado, es preciso buscar en otra parte y más alto los verdaderos motivos de la empresa.»

¿Y cómo el Sr. Bulnes, que en su fenomenal soberbia se supone el crítico más profundo del orbe, puede creer que Napoleón III ignoraba los negocios sucios del duque su hermano, les *pots de vin* que este recibía en pago de su insuperable influencia en el gobierno, cuando tanta corrupción y tanta venalidad eran conocidas en la Corte de las Tullerías?

No es verdad que, como dice Bulnes, Napoleón III estuviese aislado por una nube de clérigos, clericales y favoritos; el emperador no era un genio, pero tampoco era un Carlos II de España, y los dos corsos que tuvo de jefes de su policía, Pietri, sobre todo, le eran adictos, leales y le daban cuenta de todo lo que pasaba y se decía, no sólo en París, sino en la misma casa imperial.

Ni tenía Morny por que ocultar su venalidad al corrompido Napoleón III.

Morny fué el alma condenada del imperio, el verdadero autor del Golpe de Estado del 2 de Diciembre.

Mientras Reybell y Canrobert ametrallaban al pueblo de París asesinando hombres indefensos, mujeres y niños; mien-

(1) Pág. 6 de *El Verdadero Juárez*.

tras Saint-Armand, Magnan, Maupas y Fleury dirigían la horda de policiacos que aprendían á los diputados, y Persigny asaltaba el Ministerio de la Guerra, Morny tranquilo y sereno presidía en el Ministerio del Interior aquel sangriento atentado contra la Francia republicana y tranquilizaba á Luis Napoleón que encerrado temblaba de miedo.

Y Morny con su colosal talento fué el que dió algún prestigio al nuevo imperio y dirigió la administración; á su muerte el imperio entró en un período de decadencia.

No tenía, pues, por qué ocultar á Napoleón sus torcidas especulaciones.

Y así alcanzó Morny que el crédito Jecker figurara en primer término entre las reclamaciones francesas.

Mas no suponga el Sr. Bulnes que sólo las causas que he mencionado fueron á mi juicio, las únicas que engendraron la intervención.

La sugestión de familia fué tanto más eficaz cuanto que el espíritu de Napoleón III siempre estaba dispuesto á las aventuras militares, siempre que en ellas no peligrara su vida.

Aquel megalómano imperial se creía omnipotente, invencible y dueño de los destinos de Europa, como lo fué Napoleón el grande, con quien no tenía parentesco alguno.

En su demencia impulsiva lo vimos lanzar á Francia en la guerra de Oriente, en Italia hacer la vergonzosa paz de Villafranca después de Magenta y Solferino y enviar á China aquel ejército imperial que mató y asoló sin piedad y cuyo jefe, el General Montauban, conde de Palikao, saqueó el palacio de verano del Emperador de China, con gran escándalo de Europa.

Después lo veremos atraer sobre Francia la formidable invasión prusiana por haber ostigado á la Prusia con sus insolentes conminaciones por la candidatura á la corona de España y sus pretensiones sobre el Luxemburgo.

¿Qué tiene de extraño que á aquel iluso le halagara la ocupación de México para levantar allí á la raza latina y oponerla á las invasiones sajonas?

Ese fué otro factor de la intervención tan conocido en la historia que es inútil insistir más sobre ese punto.

El error más grave que comete el Sr. Bulnes en el primer Capítulo de su obra es el de afirmar, apoyado en documentos que llama irreprochables, que el origen de la intervención fué el proyecto de reconquista que abrigaba España de colocar en el trono de México un príncipe de la casa española de Borbón.

Aun dice el Sr. Bulnes: "En suma, era la reconquista, como lo había dicho el Sr. Martínez de la Rosa al equiparar la nueva expedición con la de Hernán Cortés; pero era una de esas vehemencias peculiares al espíritu español, siempre ascendiendo en un sueño, en cuyo fondo y en el caso relativo, Juárez debía confundirse con Moctezuma."

Este es el primer insulto que dirige Bulnes al Sr. Juárez, comparándolo con el apocado y cobarde emperador azteca.

No Señor Bulnes, Juárez en la invasión no combatió como Cuauhtemoc, porque no era un guerrero; pero ni se humilló ante el invasor, ni le entregó la patria, ni cedió en un ápice los derechos de ésta. Luchó.....como un Juárez.

En suma, queda demostrado que en la Corte de Napoleón III fué donde se incubó y salió vívida y potente la intervención francesa, cuyas tendencias monárquicas en México ocultó el Emperador á su primer aliado el Gobierno inglés.

Este, sin embargo, había sorprendido el secreto de la intriga urdido entre las Tullerías, los emigrados mexicanos y el palacio de Miramar.

Pero la hábil Inglaterra simuló dejarse engañar y tomó parte en la expedición para asegurar su deuda, resuelta á alejarse cuando la Francia se empeñara en su loca empresa.

Esta pérfida liga dió origen á la convención de Londres de 1861, á la que se apresuró á entrar España, llevando en cartera la candidatura de su príncipe.

Al surgir en la diplomacia francesa, por la declaración de Almonte la candidatura de Maximiliano, Inglaterra y España se retiraron y quedó sola la Francia ultrajando la soberanía de la Nación mexicana.

Quedan, pues, rectificadas los errores históricos que pululan en el primer capítulo del libro del Sr. Bulnes.

Y como sólo me he propuesto hacer las debidas rectificaciones, paso por alto las apreciaciones del Sr. Bulnes sobre el desengaño que sufrieron los aliados al ser recibidos tan friamente al desembarcar en Veracruz y al ver que no bastaba su presencia para derrocar á Juárez.

De ese Capítulo sólo me queda que combatir el siguiente aserto del Sr. Bulnes:

"En México, dice este autor, en la página 16 de su libro, «no había en 1861, partido monárquico grande ni pequeño.»

Y para comprobar tan contundente afirmación el Sr. Bulnes cita un párrafo de un manifiesto de un guerrillero español, el bandido José M^a Cobos, el introductor del plagio en México, y una opinión de Don Félix Zuloaga, según el dicho de Don Matías Romero.

Los dos testimonios son perfectamente recusables; porque Zuloaga y Cobos tenían que negar sus tendencias monárquicas.

Pero el Sr. Bulnes debió tomar en cuenta otros hechos que demuestran que el partido conservador, despechado al no poder radicar en México una dictadura clerical y militar, se empeñó en traer un monarca extranjero apoyado por bayonetas extranjeras.

Le daré al Sr. Bulnes datos más irrecusables para probar que en 1861 el partido conservador era ya perfectamente monárquico, y que sus aspiraciones monarquistas venían robusteciéndose hacía muchos años.

Don José Hidalgo, ex-Secretario de legación refiere lo siguiente: (1) "En 1856 el partido monárquico envió de México dos personas respetables que ofreciesen el trono al Duque de Montpensier quien, sin rechazarlo, hizo algunas observaciones que dejaban ver su circunspección. En esta época, á pesar de nuestra modesta posición oficial, empezamos á

(1) José Hidalgo:—*Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México.* Capítulo VIII.

"tomar una parte más directa, y aun la iniciativa, aprovechando cuantas ocasiones se nos presentaron para hablar á favor de nuestra idea."

El mismo Don José Hidalgo cuenta en sus *Apuntes* que al triunfar la reacción en 1858 Almonte, Ministro de Zuloaga en París, *pidió oficialmente* á la Europa que interviniera en México estableciendo una monarquía: que lo mismo hizo Murphy con carácter diplomático ante el gobierno inglés y que Miramón, al eliminar á Zuloaga, repitió á sus representantes en París y en Londres las mismas instrucciones sobre intervención y monarquía, á la vez que escribía á Gutiérrez Estrada, radicado entonces en Londres, para que trabajara en igual sentido.

Estas pruebas son concluyentes y nulifican la afirmación del Sr. Bulnes que termina su párrafo diciendo: "La monarquía no fué aspiración de la mayoría del partido conservador, sino un sacrificio impuesto á sus ambiciones."

¿Pues á qué aspiraba esa mayoría al desear la intervención armada? No era tan torpe que creyera que la Francia venía con un ejército á restablecer á Miramón, á Zuloaga ó á Márquez en el poder.

La mayoría conservadora siempre ha deseado para México un rey, sobre todo español.

Y sólo la miopía intelectual que padece el Sr. Bulnes y las nuevas opiniones conservadoras que ha adoptado, le estorbaban ver que aun los restos supervivientes conservadores son monarquistas incurables, lo mismo que sus descendientes en la plutocracia y aun los plebeyos periodistas del clero.

¿Qué, olvidó el Sr. Bulnes el fervor y devoción con que los neo-conservadores concurren hoy á las honras fúnebres que se celebran en la Profesa en los aniversarios de los fusilamientos de Iturbide y Maximiliano?

¿Si el partido conservador no era monarquista, qué era?

Me he extendido demasiado en estas reminiscencias históricas; pero era preciso tanto para demostrar cuán superficialmente estudió el Sr. Bulnes lo que llama *la corriente política internacional*, cuánto para dejar consignados en este

libro los hechos que precedieron el atentado contra nuestra independencia, y cuyo atentado comienza á revelarse ahora en toda su desnudez.

Terminada tan fatigosa tarea, entro ya en materia, es decir, voy á ocuparme de los capítulos de la obra del Sr. Bulnes en que explaya sus injustas acusaciones contra el Sr. Juárez.

CAPITULO III.

EL INQUEBRANTABLE PATRIOTISMO DEL SR. JUAREZ

El Sr. Bulnes comienza su requisitoria ó pedimento fiscal contra el Sr. Juárez con toda la pasión y con toda la insidia que le son características.

Juzga los actos del Sr. Juárez cuando éste, radicando su gobierno legítimo en Veracruz, se veía combatido por el encono de los gobiernos de Francia y de España, sostenía una desgraciada campaña con los ejércitos bien organizados de la reacción clerical rebelde y sufría en su nueva capital los horrores de dos sitios.

Y el Sr. Bulnes delinea allí al Presidente de la República como un funcionario débil y cobarde que cede á todas las exigencias de una diplomacia voraz, codiciosa, insolente y venal, reconociendo deudas y convenciones verdaderamente leoninas.

Aun osa el Sr. Bulnes estampar en su libro las frases siguientes: "Los diplomáticos habían extendido sus negocios hasta pretender ser árbitros de los destinos de México. *La soberanía mexicana había desaparecido.*"

Eso no es cierto, como lo demostraré en el curso del presente capítulo, presentando al Sr. Juárez, digno, severo y en pie, señalando á los Ministros extranjeros conspiradores el camino de Europa.

Antes haré yo á mi vez un cargo y muy grave al fiscal oficioso, Sr. Bulnes: ¿por qué comienza su instrucción en 1861, y no estudia los años anteriores de la prodigiosa vida de Benito Juárez?